



Jóven morisca.—Cuadro de Murillo.

Además de sus composiciones combinadas, los mas célebres pintores nos han legado obras que podemos llamar casuales, y en las cuales no han tenido mas intencion que la de reproducir el aspecto de un paisaje ó de una fisonomía que acaso llegó á fijar sus miradas. Con el objeto de hallarse prevenidos para estos encuentros fortuitos, llevaban algunos siempre consigo unas tablillas destinadas á recibir el primer borrador de todo lo que el arte debía traducir después. La escuela bármica suministró abundantes estudios de este género. Aun cuando el pintor no haya imaginado consignar sus ideas en semejantes obras, se

busca siempre una explicacion en ellas y se intenta darles un sentido: la imaginacion compone la égloga, la sátira ó el poema que el artista nunca creyó escribir. Y cuando así nos esforzamos para adivinar alguna cosa bajo unas facciones ó unas formas, que solo aspiran á captivar nuestra atencion artistica, zobedecemos por ventura á una costumbre? ¿No seguimos mas bien el impulso de la prevision? En otros términos: ¿es posible reproducir, con auxilio del pincel, uno de los aspectos de la vida, de una época, sin tomar de ella una parte de su poesía y de su historia?

Por nuestra parte no lo creemos. Cada siglo tiene su luz moral que todo lo aclara: en vano busca el artista al azar su personaje ó un rincón del horizonte, porque no podrá impedir que su obra revele el mundo, esto es, la época que le ha servido de modelo; ni evitará que el rayo de sol que ilumina su cuadro, señale la estación del año y la hora del día.

Los paisajes y los retratos no revelan solo un sitio ó un personaje, sino el carácter general del tiempo y del país á que pertenecen. Para el que sabe examinar, una casa, unos árboles, un rebaño, son objetos llenos de revelaciones sobre el clima y sus costumbres; un traje, una cabeza, ofrecen mil pormenores secretos acerca de una época.

A pesar de todo, estas observaciones, fáciles cuando se trata de distinguir caracteres generales ó analizar un aspecto histórico, llegan á ser más confusas, á medida que descendemos á examinar los detalles que se nos presentan. Lo que ha consignado el pincel del artista permanece muchas veces como un jeroglífico, que se explica contradictoriamente por medio de muchas claves; el acento de la pintura no es siempre bastante claro ni bastante alto para que estemos seguros de verlo bien, y tal vez cuando creemos traducir sus palabras, no traducimos más que su pensamiento.

A estas reflexiones nos ha conducido el estudio de la muger de Murillo, que representa nuestro grabado. Se nos figura que la belleza algo material de sus facciones, que su gesto y su sonrisa convienen á la jóven morisca que está destinada á vivir con su amo, no como esposa, sino como esclava. Las rosas que parece ofrecer con risueña sumisión son un símbolo: ella da á su amo su juventud, su gracia, su alegría, y nada puede exigir en cambio. Cuando más se le permitirá que coloque en su turbante una flor, que se marchitará tan pronto como sus esperanzas.

No bastaría por cierto cambiar el traje de la mora para convertirla en cristiana. Esa no es por cierto la casta y noble expresión de una Cimódoca. Tal vez encontraría Murillo á esa jóven en la puerta de alguna de las casas que en otro tiempo poseyeron sus abuelos, en la cubierta de algun buque de Tunes ó de Trípoli, al anclar en una rada española, ó entre los individuos de alguna tribu de gitanos. El carácter de su rostro llamaría desde luego la atención del artista, y la retrataría para perpetuar sus sensaciones; pero como estas lo abrazaban todo, todo nos lo han revelado: la cubierta nos ha permitido examinar el interior, y el retrato se ha convertido en tipo.

Este es el carácter de los grandes artistas: siempre reproducen lo que observan con una delicadeza que nada deja que pedir: son unos espejos que reflejan las imágenes con todos los colores, todos los movimientos y toda la expresión de la realidad.

CHISTES DE QUEVEDO

EXTRACTADOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

(Conclusión.)

Hijos somos de Adán en este suelo.
La nada es nuestro abuelo;
Y salísteis vos tan parecida
Que apenas algo sois en esta vida.

El que por tí se muere en dulces lazos
Muere con propiedad por tus pedazos,
Y cuando abundas de hermosura en bienes,
Tantos remiendos tienes,
Hermosísimo bien del alma mía,
Que siendo tan cruel pareces pia.

Y eres así á la espada parecida,
Que mata más desnuda que vestida,

Y á tí no mueve de mi llanto el río,
No sé si por ser agua ó por ser río.

Marica, yo confieso
Que por tenerte amor no tuve seso;
Pensé que eras horaada,
Mas no hay verdad que tanto sea probada.
De entrada diste en ser entremetida,
Y salíste al fin con ser salida:
¡Valgate, y quien pensara
Que hicieras tal barato de tal casa!

¡Triste de tu velado
Que entre tanto doblón se ve cornado!

Palomo, más en suma
Para su fama me dejó una pluma:

Ni me entiendes ni te entiendo,
pues cádate que soy culto.

Echó el cielo su capote
por no ver un cahallero
que al contar sirvió de cero
y al torear de carote.

La llaneza de tu cara
La vista equivooca, pues
pasara por ser embés
si un ojo no le sobrara:

Doña Alcañofa compuesta
á imitación de las flacas,
basquiñas y más basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

Lo que de nuevo y de viejo
pasa en aqueste lugar,
en las hijas y en las madres
cerrado y abierto está.

En el rastro que han dejado
los amantes que se van,
la niña que quedó vaca
vende carnero al galán.

Abril que á Febrero hacia
empezó ayer á Mayar,
y hoy á manera de Marzo
nos ha vuelto el vendabal.

¡Tú piensas que nos obligas
en solicitar el parto
de quien nos come un ratón
Y nos cena dos gazapos?

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico ternco;
mas no lo quieren soltar
aquellos mismos dos dedos.

Yo llevo bien por la calle
el sobredicho retablo;
mi aire lleva las almas
las bolsas mi garabato

Vivo en la Puerta Cerrada
para los dineros tragos,
y para los dadivosos
vivo en la calle de Francos.

El rostro, perro de agua,
ya de perro chino sale;
no enseña menos ser hombres
el parecer más á frailes.

Salíó vejiga con ojos,
á sí tan desemejante,
que sus mayores amigos
no le vian, con mirarle.

Lo mejor de las mugeres
se han engullido los coches,
cazuelas donde se ven
solo cabezas y alones.

Lo que ayer era estropajo
que desechó la sartan,
hoy pliego manda dos mundos
y está amenazando á tres.

Miróse la viejecilla
preñándose un afiler,

y vió un orejon con torcas
donde buscó un Aranjuez.

Y á boca de noche un diente
cerca ya de oscurecer

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
que el tomar era costumbre,
y el remedio es el sudar.

Por no estar á la malicia
labrada su voluntad,
fué su huésped de aposento,
Anton Martin el galan.

Su cabello es un cabello
que no le ha quedado mas,

Dióme el leon su cuartana,
dióme el escorpion su lengua,
virgo el deseo de hallarle
y el carnero su paciencia.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

Agua me falta en la mar
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.

¡Que á la muger no le cueste
el condenarse un cabello;
y que por llevarme el diablo
me lleve lo que no tengo!

No se les daba de antes
por comisiones un cuerno,
y ahora por comisiones
se les dan mas de quinientos.

Dormistes y una muger
hallastes al despertar,
y hoy en durmiendo un marido
halla á su lado otro Adan.

Un animal en la India
con solo un cuerno derecho,
puede ser: mas para acá
poco se me hace un cuerno.

Si está vivo quien te vió
toda tu historia es mentira;
pues sino murió, te ignora,
y si murió no lo afirma.

¡Oh que de *panzas al trote*
han sido mis compañeros!

De desechar los calzones,
pasó, gran señora, el tiempo;
ya el calzon desecha al hombre,
y no el hombre los gregüescos.

Los sombreros y ropillas
se han ingerido en los miembros,
de por vida son las capas
y las camisas pellejo.

Tus dos ojos, Mari-Perez,
de puro dormidos roncan,
y duermen tanto, que sueñan
que es gracia lo que es modorra.

Calvos van los hombres, madre,
calvos van;
mas ellos cabellarán.

Si á los hombres les queremos
para pelarlos acá,
y vienen pelados ya;
¿sino hay que pelar, que haremos?

En esto por un repecho
vió venir á sus costillas
un vecino de sus carnes
convidado de ellas mismas.

En su seguimiento parte:
á cinco uñas camina,
y cansado de matar
entre sus dedos le hila.

Los médicos con que miras
los dos ojos con que matas,
bachilleres por Toledo,
doctores por Salamanca.

Bascáhanse con las uñas
en paz las antiguas damas,
y hoy con espiguillas de oro
dan en esgrimir la caspa.

Si sale por la mañana
de su pescuezo un peon,
le anochecerá en los lomos
y ha de ser buen andador.

Mis armas son un escudo
y fueran mejores dos,
cuanto va del que es sencillo
al caballero doblon.

Pantasmas a cecinadas
siglos que andais por las calles,
muchachas de los finados
y calaveras fiambres.

Daros lástima quisiera,
dineros, señora, no;
que aunque son pocos, las ganas
de dároslos menos son.

Yo me salí de la corte
á vivir en paz conmigo;
que bastan treinta y tres años
que para los otros vivo.

Las mugeres de esta tierra
tienen muy poco artificio;
mas son de lo que las otras,
y me saben á lo mismo.

Fulanito, Citanito,
entremés de la Pasion,
tú que haces los graciosos
en la muerte del Señor.

El pobre no aguarda á irse
para decir que está ausente,
que en ninguna parte está
el que dinero no tiene.

Doncella dicen que fui
(el Señor sabe si mienten),
quien me hizo dueña no supe,
y pagáronmelo siete.

Pidiéndole está dineros
Doña Berenguela á Anton,
y él entre sí está pensando
de dárselos entre no.

Duque que guarda el ducado
y da la conversacion,
alabarle la llaneza
y conjurarle el humor.

Condes que dicen no quiero
tan claro al demandador,
ya que no son condes claros
harto claros condes son.

Selvas y bosques de amor,
dehesas, sotos y campos,
quien os cantaba soltero
os viene á mugir casado.

Pues siendo atril de San Lucas
soy la fiesta de San Marcos.

Si estando con mi muger
columbro brújula de oros,
hago como que me fui
y aunque me quedo no estorbo.

Y con esto aun es tan vano
de mi cabeza el entono,
que á quien me los pone á mí,
parece que se los pongo.

La primera fué doncella
despues de mi desposorio,
recatada, ya se entiende,
recogida, en casa de otros.

Cruel llaman á Neron
y cruel al rey Don Pedro,
como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.

Manzanares, Manzanares,
arroyo, aprendiz de río,
platicante de Jarama,
buena pesca de maridos.

Tú que gozas, tú que ves
en verano y en estío
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos.

—Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

Entre mentiras de corcho
y embelecos de vestido,
la muger casi se queda
á las orillas del río.

El marido y el cuchillo
al principio son de acero,
pero despues los mas finos
tienen el cabo de hueso.

No sé si es alma ó almilla
esta que traigo en el cuerpo,
que si almilla, no calienta,
y si es alma, no la siento.

Es su casa barbería
donde el rapado es el necio,
y sus bolsas las vacías,
y ellas en rapar barberos.

No han menester ellas lindos,
que harto lindas se son ellas,
la mejor faccion de un hombre
es la bolsa grande y llena.

Alabránte el andar
si anduvieres por las tiendas,
y el mirar si no mirases
en dar todo cuanto quieras.

Y si en todo el mundo hay caras,
solas son caras de veras

las de Madrid, por lo hermoso
y por lo mucho que cuestan.

Chitona ha sido mi lengua
habrá un año: y ahora torno
á la primer taravilla,
agua va, que las arroje.

Piensen que ne les entiendo,
yo pienso de ellos lo propio;
miranme y hácenme gestos;
mirolos y hágolos cocos.

Todos pretenden casada
porque á todos les parece
que gusto que tiene guarda
es mas hazaña vencerle.

Yo, el menor padre de todos
los que hicieron ese niño
que concebisteis á escote
entre mas de veinte y cinco.

Que á pecar bueno y de balde
desde que nací me inclino.

No pongo calle ni casa
tampoco en el sobrescrito,
porque segun vive, de ella
diran todos los vecinos.

El oficio de mi amo
por mas que cura, recelo
que es oficio de difuntos
y que está fuera del rezo.

Ayer le dijo un cristiano,
«sospecho que no estoy bueno»,
y luego llovió sangrías
sobre el cuitado «sospecho».

Fué yerro pedirme raso
en Valladolid la bella,
donde aun el cielo no alcanza
un vestido de esa tela.

Y á ser tan grandes mis deudos
como son grandes mis deudas,
delante del rey sin duda
cubrirme muy bien pudiera.

No sé qué me hacer con ella,
aunque he pensado en un hijo.

Obligar y rogar es
rodeo de desvalidos,
y el chocar y el embestir
retórica de los ricos.

TARQUINO.

Escuchóla el rey atento,
y viene, y toma, y ¿qué hizo?
sino vase, y llega, y zas,
que lo quiso que no quiso.

Si la llamase mi vida,
pues sabé la vida que es,
en figura de requiebro
será una vaya cruel.

Viejécita, arredro vayas
donde sirva por lo lindo
á San Anton esa cara
de tentacion y cochino.

Harto de ser castellano
desde el día que nací,
quisiera ser otra cosa
para mudar de país.

Pastel hubo que arañó
al que le estaba amasando,
y carne que oyendo zape
saltó cubierta de caldo.

—
TOLEDO.

Vi una ciudad de puntillas
y fabricada en un huso,
que si en ella bajo, nado,
y trepo si en ella subo.

—
Vi el arteficio espelera,
pues en tantos cazos pudo

meer el agua, Juanelo,
como si fuera en columpios.

—
Flamenco dicen que fué
y sorbedor de lo puro;
muy mal con el agua estaba
que en tal trabajo la puso.

—
Mi marido aunque es chiquito,
al mayor de otra muger
te lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pié.

—
No dice esta boca es mía
sino al tiempo del comer:



(La caridad.)

sin saber de dónde viene
todo le sabe muy bien.

—
Y citar puedo á Vitrubio
por ser un raton de letras,
que en casa de un arquitecto
comió á Vignola una nesga.

—
¿Hanma visto tener celos
ni por sueños ni burlando?
¿Diósemo jamás un cuerno
de que se má diessen tantos?

—
Don Turuleque me llaman,
imagino que es adrede;
aunque se zurca muy mal
el Don con el Turuleque.

—
Con estos merecimientos
me gradué de corcheta,
lo que puede la virtud
y el aplicarse las gentes!

De doscientas leguas huela
almuerzos y medias noches:
lo que come bien lo sé,
mas nó sé con qué lo come.

—
Llorando está Manzanates,
el instante que lo digo,
por los ojos de la puente
pocas bebras hilo á hilo.

—
Mas agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo.

—
Yo que he conocido
de este siglo el juego,
para mí me vivo,
para mí me bebo.
No se me da nada,
á ninguna temo;
porque á nadie agravia
ni á ninguno deha.

No pretendo cosa,
que todo lo tenga,
mientras con lo poco
vivo muy contento.

Que á mí de esta celda
donde alegre duermo
hallo que me sobra
cuanto yo desprecio.

Muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos,
mi decir es mas valiente
por ser tantos y ser yo uno.

LA PROTECCION DE UN SASTRE ⁽¹⁾,

NOVELA ORIGINAL.

Á mi amigo

DON NAZARIO CARRIQUIRI,

Miguel de los Santos Alvarez.

I.

Hace el año de mil ochocientos y tantos, amados lectores míos—y esto, que puede muy bien ser tan solo un cumplimiento para los varones, es la verdadera expresion de mis sentimientos para todas las mujeres bonitas que me leen—hacia el año de mil ochocientos y tantos, vino á Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y poco de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venia este muchacho; yo por ahora tampoco sé de esta una palabra. Lo que sí sé de cierto es que no tenia parientes en la corte, y que con la intencion sin duda de no estar en ella falta de *proteccion*, traía consigo un compañero, con quien podía estar casado ó no estarlo, porque era el compañero una mujer. Yo no sé cuáles serian los primeros pasos que este hombre y esta mujer darian en la corte; pero supongo que serian los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitación de una decente casa de pupilos, fonda ó cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato á los lectores, estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenia Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era mas flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábase en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan á la juventud, algunas veces, en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral, y que debia acompañarla siempre en siglos mas felices, cuando la juventud no vivia mas que con el corazón, que noble y generoso, como lo es siempre al principio de la vida, la separa del mezquino y suspirar espíritu de examen, adorno, encanto y regalo, de los jóvenes, aun mas que de los viejos, en este siglo de verdad embustera, de egotismo y de infamia.

Tenia nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rugados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias, que habieran podido hacer pensar á un frenologista prohibiente, que estaban allí indicados grandes talentos y otras maravillas. El pelo era tambien negro y ligeramente rizado, la nariz mas aguilena que otra cosa, la boca mas chica que grande, expresiva y simpática, las mejillas sonrosadas y frescas, la barba regular, y para concluir bien y á propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cuñas que sean, como estas lo eran, siempre son feas y ridiculas miradas sin pasión y la luz del sano juicio.

La mujer con quien hablaba, interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporcion con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta mujer todo lo rico que puede ser de belleza y de *agradabilidad*. Esta palabra *agradabilidad* no está en el *Diccionario*. Tendria unos tres años menos que Rafael, ó dos, ó uno, al fin era mas joven, y quedese esto aquí, y vámos adelante con nuestra historia.

Estaban los dos vestidos como para salir de casa, sin un excesivo lujo, pero con muchísimo gusto y á la moda, aunque no sé si á la última, porque en Madrid apenas hay última moda, lo que á muchos les probará á traso, y á mí me prueba átre casa.

(1) De cada novela se hizo tiempo há una cortésima edición conocida de muy pocas personas; los ruegos de otras que de ella han oido hablar con elogio, y la necesidad de no encontrarse un ejemplar de los pocos que se imprimieron, nos ha movido á substraerlos á los lectores del *SEMANARIO*, en la persuasion de que nos lo agradecerán.

Sobre los muebles de la habitación en que se hallaban, que eran por mas señas nuevos y bunitos, habia, aqui unos guantes, alli una sombrilla, mas allá un sombrero, y por este orden esparcidos una porcion de objetos, de estos de que se echa mano en el momento critico de salir á la calle.

—Aqui nos tienes, dijo por fin Rafael.

—Sí, respondió la joven con aire distraído, aqui estamos.

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el *aquí estamos*.

—Sí, Luisa mia, aqui estamos, y dia vendrá en que pierdas la desconfianza con que aqui has venido.

—Desconfianza... no; (stando contigo, Rafael, y teniendo tú esperanzas de nada desconfío).

—Bien, Luisa, así ten esperanza en mí y allá verás.

—Y además tenemos dinero, dijo Luisa mirando á Rafael con una expresion entre triste y maliciosa.

—De sobra, respondió este de muy buena fé y como quien decia una verdad. Antes de gastar los catorce ó quince mil reales que tenemos, verás como he logrado mi objeto.

—Por supuesto que nos haremos economicos, ¿no es verdad? y pronunciaba Luisa estas palabras con cierto tono de burla benigna, en que bien á las claras se conocia que en todo podia tener fé, menos en la economía de Rafael.

—Por mas desfigurados que seamos, ceñidos á un tan triste capital, Luisa mia, no malgastaremos mucho dinero. Pero gasta todo lo que quieras, Luisa, porque ya te he dicho que antes de que se acabe este dinero, ya habré yo visto realizadas mis esperanzas.

—Bien, Rafael; pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada de positiva, ni de su fundamento, ni del fin á que caminan...

—¡Eh! la interrumpió Rafael, ya tenemos al mezquino espíritu mezquino queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mías tienen su fundamento yo no sé dónde... y ¿quién va á adivinar adónde pararán? Pero, querida Luisa, si tú no concibes mas que lo que te puedes explicar lógica y razonadamente, á mí me sucede todo lo contrario: concibo, yo no sé cómo, todo lo que no puedo explicarme, y me há sido casi siempre imposible concebir lo que me explican.

—¡Talento peregrino! exclamó Luisa con una recalcada, cariñosa y burlesca admiracion, al mismo tiempo que levantándose, empezó á colocarse en los sillós á que cada una correspondia, una porcion de hamacas, que le pusieron, despues de un rato que pasó tarareando indiferentemente, mientras se adornaba con ligereza, en disposicion de coger el brazo á Rafael y salir con él de casa.

II.

Las mujeres, lector mio, son una cosa muy rara.

Ni tú ni yo sabemos lo que son.

Acaso lo sabrá la amabilísima y amadísima lectora.

Yo creo que tampoco lo sabe.

Pero súpalo en hora buena: tú y yo nos quedamos como antes, sin saber una palabra en la materia.

Ingenuete, pues, como lo estoy de todo lo que tiene relacion con la parte intelectual del ente hombre humano, ó sea racional, nada tendré de particular que me engañe en lo que creo; y lo que creo es lo siguiente:

Yo creo que las mujeres no tienen juicio, así como creo que tienen muchísimo *formalidad*; y de aqui creo yo que nace la ausencia de mujeres calaveras, lo que puede ser muy bueno, y la abundancia de mujeres inspidas; lo que es muy malo; y de aqui creo yo que nace la casi imposibilidad en que se encuentran los hombres de topar con la mujer en punto.

Sexo querido, no vayas por Dios á atribuir á desamor estas ligeras observaciones, sino al contrario, míralas como hijas de mi mucho amor y de mi acendrado cariño, que me fuerza á andar siempre caviloso y discurriendo el medio que habria para quererte mas á mi gusto, y para si posible fiere, emendar la plana al Criador, y añadirle algunas perfecciones mas de las que tienes, que á mi corto entender no habían de estar demás.

Quedamos pues en que, salvo error, á las mujeres les falta juicio y les sobra *formalidad*; y aqui añadiré que les sobra otra cosa que, con un poco mas de juicio y un poco menos de formalidad, haria sin disputa, no toda, porque no puede ser, pero al cabo la posible felicidad del género humano, y que hace ahora, por lo general, ó en ridicula infelicidad, ó ya que vaya por bien, su tantísima distraccion.

Esta cosa de que voy hablando es el amor.

No hay ser en la naturaleza que enciende mas amor que la mujer. ni hay otro á quien se le conozca menos.

Todo lo que hasta aqui se ha dicho, así como lo que en adelante puede decirse en la materia, debe entenderse dicho y pensado gene-

ralmente, y salvo algunas afortunadísimas excepciones con que algunas afortunadísimas gentes se encuentran porque se empeñan en ello y á costa de su trabajo lo consiguen.

Generalmente hablando puede asegurarse que no hay cosa que menos se las conozca á las mugeres que el amor.

Se las conoce, sí, cierta atolondrada preferencia en el principio, y cierta preferencia á secas en el medio de las relaciones entre ambos sexos; pero preferencia que no da ningun derecho al hombre á creerse bien querido, y que le tiene tan en el aire despues de ocho ó diez mil protestas de amor, es decir, despues de una porcion de conversaciones que se necesitan para hacer tantas protestas, como en los primeros dias de coqueteo. Verdad es que esta inseguridad es un paraíso de dudas, que proporciona al hombre el inefable placer de estar siempre en ridiculo consigo mismo, y espuesto á cada momento á caer en el de los demás.

Y... ¿quién lo diría! al mismo tiempo hay en las mugeres instantes sublimes de amor, manifestado á sus amantes, y que el diablo me lleve si no son sublimes todas las horas de amor que ellas tienen á sus solas.

¿Cómo no ha de haber entusiasmo y abnegacion de sí mismo, en un ser espiritioso, delicado y volátil, que ama, que necesita amar, que no puede hacer bien ninguna cosa sino amar, porque para amar solo sirve, y que del amor se alimenta y saca todas las satisfacciones de su vida?...

Yo no sé si esto será bastante, pero por lo menos, á primera vista, parece que hay razon suficiente para creer, á pesar de todo, que las mugeres aman con delirio cuando están ellas solas; pensando... ¿en qué puedan ellas pensar sino en sus amores, ó en sus vestidos, ó en otras cosas así, muy enlazadas con sus pasiones?

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPÍTULO VI.

CATASTROFE.

En la misma habitacion de la casa de Castrillo, que anteriormente con pluma minuciosa hemos descrito, el infelice Tomás yace con rostro abatido, mil contrarios pensamientos revolviendo en su delirio. A pocos pasos Garduña le observa inmóvil y frio, viva imagen de la muerte que allí ejerce su dominio, y sin dudar no le cuadra aquel silencio fatídico; pues componiendo el semblante y con acento melifluo dijo, de paso lanzando un hipócrita suspiro:

—Calma tu afliccion, Tomás. Pues no hay salida ninguna vuelve el rostro á la fortuna, y sé verdugo.—

—Jamás.
—¿Tanto el oficio aborreces que á ser hombre te levanta?
—Mas que al cordel la garganta, prefiero morir mil veces.—
—¡Eres jóven!—

—Es verdad: en esta edad de placeres hay amor en las mugeres, y en los hombres amistad. Se goza en una sonrisa, se vive en una mirada, edad bella y envidiada con el placer por divisa. Para todos ¡ay de mí! edad de goces y encanto, pero para mí de llanto pues en la infamia naci.

Si acaso en una muger la vista fijo turbada y ella quiere á esta mirada con amor correspondier, un espíritu infernal de mi nombre aborrecido desliza el eco en su oído ¡y adios vision celestial! Ya en mi triste primavera sufro del destino el yugo: es el hijo del verdugo oigo murmurar do quiera, y como objeto de horror todos se apartan de mí... ¿Qué es la juventud, si así la ha emponzoñado el dolor? Ya que me cierra el camino de salvacion cruda suerte, yo venceré con la muerte la injusticia de mi sino.—

Su desesperada queja hubo apenas concluido el desdichado mancebo, cuando al compás de los gritos del populacho cruel que bulle fuera intranquilo, en la puerta resonaron tres golpes, y á un tiempo mismo, *abrid á la ley*, con dura precision una voz dijo. Con el cabello erizado de temor y el rostro lívido, una mirada suprema tendió el hijo de Castrillo de la habitacion en torno, hierro buscando mortífero con que acabar de su vida el insufrible martirio. Cruzado en tanto de brazos Garduña observa tranquilo, crece en la calle el rumor, crujen los vetustos quicios de la puerta, hasta que al suelo con rumor siniestro vino; mas cuando en la habitacion penetraron los ministros de la ley y los arqueros de plebe adusta seguidos, solo á Garduña encontraron que asomado al ventanillo que da al Esgueba, señala en su cenagoso vidrio al desdichado Tomás, que lanzando un ¡ay! trístisimo, se abre la tumba en el fondo negro de su cauce frio. Cuando adquirieron las aguas su reposo primitivo, Garduña, el rostro animado, de un infernal regocijo, al atónico concurso de aquel suceso testigo, dijo con solemne acento su talle irguiendo raquítico: —Juan y Tomás ya no existen; pero á falta de un Castrillo, yo seré el ejecutor pues tengo amor al oficio.—

Y es fama en Valladolid, que desde aquel punto mismo siempre que un reo en la plaza exhala el postrer suspiro, desde el fondo de la Esgueba responde con un gemido el ánima abandonada del hijo de Juan Castrillo.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

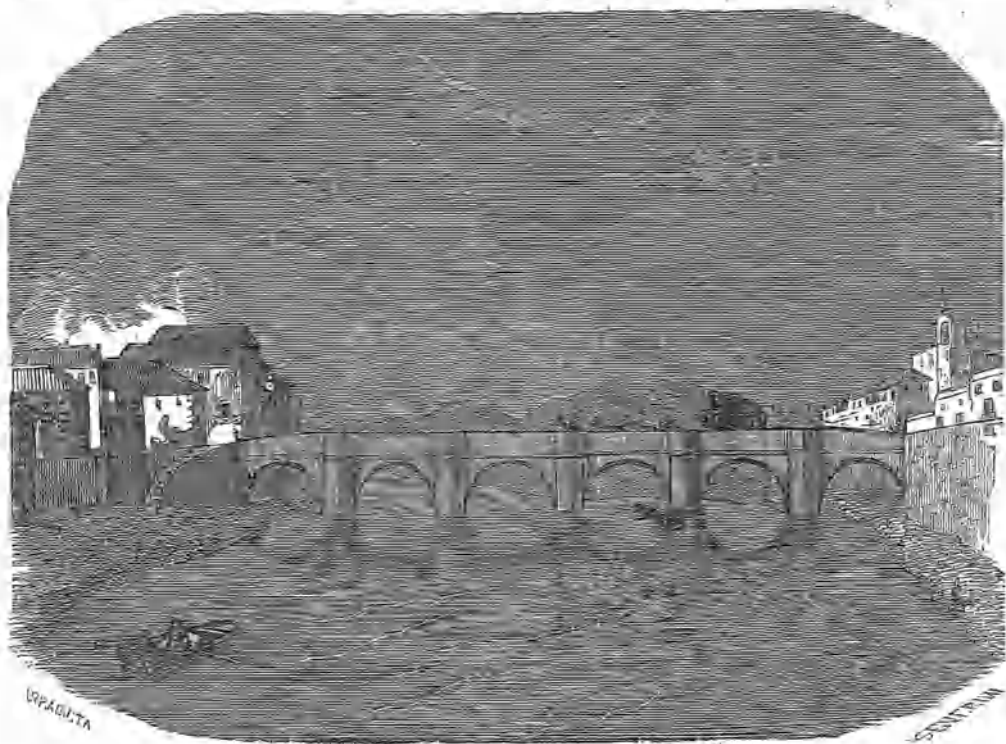
FIN.

EL PUENTE DE MIRANDA DE EBRO.

Ni por una antigüedad remota, ni por lo magnífico y sorprendente de su construcción, es notable el monumento cuya vista exacta damos á nuestros lectores á la cabeza de este artículo; pero sí porque se halla situado, como es notorio, en la carretera mas principal y concurrida de nuestra España, en la frontera de Castilla por la parte de las provincias Vascongadas, y porqué rara ó ninguna de las infinitas personas que han viajado y viajan por aquella, dejará de conservar recuerdos, nada agradables por cierto, del puente de Miranda de Ebro. Establecido en uno de los extremos del mismo el cuerpo

de guardia de carabineros, las personas, los carruajes y todo tiene que someterse á un minucioso reconocimiento, sin el cual ¡cuántas cosas, qué cigarros tan buenos y tan baratos no se comprarían en Victoria, Bilbao ó San Sebastian!

El solo nombre de aquel infunde cierto recelo, aun á los viajeros mas despreocupados, y él pasarle pronto es un motivo de satisfacción, porque desde entonces, no antes, puede calcularse cuándo se llegará á la corte ó á otro punto cualquiera, cesando ya de sufrir enojosas detenciones, de bajar equipajes, de abrir y cerrar baules, sacos de noche y sombrereras, de enseñar gratis á los curiosos y desocupados las ropas y efectos que se conducen, de estropearse unos y otros, de pagar propinas y gabelas á los solícitos mozos que manejan dichos equi-



(Puente de Miranda de Ebro.)

pajes, y en fin de perder un tiempo preciosísimo y muy necesario, por lo menos para terminar con mayor prontitud un largo y penoso viaje.

Por otra parte, si por un hundimiento ó otra desgracia imprevista se suspendiese el paso del célebre puente que nos ocupa, ¡cuántas hermosas dejarían de lucir sus gracias y sus encantos por falta de los accesorios precisos que la moda las manda á cada momento de París, y que precitados ó sin precisar atraviesan hoy aquel?

Los príncipes y embajadores, nuestros personajes, las notabilidades europeas, los ejércitos vencedores y vencidos, el capitán del siglo, el infortunado Carlos Alberto... todos, todos han transitado por el puente de Miranda, y para algunos se han levantado en su centro sencillos arcos de boj que han desaparecido, con raras escepciones, con tanta prontitud y presteza como el prestigio y la popularidad de los héroes á quienes se han dedicado tales obsequios.

A pesar de lo que decimos al principio, no se crea que el puente de Miranda deje de honrar al arquitecto que le dirigió, pues sucede todo lo contrario, porque es sin disputa de los mayores y mejor contruidos que tenemos, asemejándose su sólida é imponente obra, á una de las pocas de igual clase que todavía admiramos de la época romana.

Prescindiendo de la elevación suma y esbeltez de sus seis arcos, tiene ciento cincuenta pasos de largo y diez de ancho, y además de uso ordinario á que está destinado, sirve de paseo de verano á los mirandinos, habiendo asientos y faroles en los mázcos de las cejas ó estribos.

A cada lado de la entrada del puente, viniendo de la parte de Francia, hay dos grandes pedestales guardando simetría, que rematan sostenidos por leones en escudos de piedra sólida, con las armas de Castilla y de Miranda, y en lápidas incrustadas en aquéllas con inscripciones en latín y castellano, que dicen:

«Reinando Carlos III, destruido enteramente el antiguo puente de

«Miranda, fué principiado este á expensas del público, en el año «de 1776, cuya fábrica mas propia para la duracion contra las conti- «nuas inundaciones del rio Ebro, y su traza de mejor gusto, dirigió y «condujo el arquitecto D. Francisco Alejo de Arángüen, en el «año 1777.»

RENGIO SALOMON.

La Barquilla.

—¿Adónde vas, frágil barca,
sin remeros ni piloto,
por el embate impelida
del huracán espantoso?

¿Quién dirigirá tu rumbo,
si te internas en el golfo?
¿Quién evitará por ti
los escondidos escollos?

Detente, pobre barquilla,
busca en el puerto el reposo...
Mas ¡ah! las olas te arrastran
como rauda metraso?

¿Adónde irás á parar?
¿A dónde irás á dar fondo?...
—Voy adonde fueron otras
naves, de la mar colososa;

Adónde va la hermosura,
adonde van los tesoros,
adonde irán las coronas
de rosas, laurel y ora.

FRANCISCO J. ORELLANA.

Redactor y propietario, D. Argel Fernández de los Ríos.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de La Ilustración, á cargo de D. G. Alambra, Jacometrezo 26.